

FRANCO, Caudillo de España

El 1.º de octubre, fué exaltado Francisco Franco Bahamonde a la alta magistratura de la Patria, a ejercer la que llamaba José Antonio casi divina función de gobernar.

España había perdido la recta de su destino; caminaba como en tinieblas, ciega, abandonada; estaba huérfana de los propios hombres, hombres sin ruta, olvidados de responsabilidad de ser españoles, entregados en pueriles y frívolos ensayos extranjerizantes, sin fuerza para rechazar la calumnia y sin coraje para defender nuestra postura como españoles.

De aquel peligroso abandono, de los que asumían la grave tarea de regir sin orgullo y sin responsabilidad, surgió la energía en el Pueblo. Porque el Pueblo nuestro necesita volcar su vitalidad pujante en fecunda actividad de comunidad. Posee la misma sangre y el mismo espíritu que los hombres que cruzaron los mares, que recorrieron el Mundo y le llenaron de hechos gloriosos. Porque nuestro Pueblo ha gustado en los labios las sales de las victorias y los laureles de los triunfos, y es a semejanza de las torrenceras, que han de correr impetuosas para que sus aguas sean limpias; es tanto su caudal, que en el estancamiento tiene la podredumbre y la muerte en la misma intensidad que antes dió vida.

El caos, que era fruto de la parada histórica de España, nos fué envolviendo en odio y en incomprendiones de una envergadura verdaderamente trágica. Quedó la Patria dividida, negada la familia, discutida la existencia de Dios.

De esta ruína angustiosa, apareció José Antonio, para dar claridad a las sombras y misión a las almas. Con sus brillantes y certeras llamadas, demolió el viejo concepto y levantó la nueva esperanza.

«La Jefatura nos obliga a la suprema carga». Esta llamada fué el aldabonazo viril que despertó las conciencias somnolientas, perdidas, enfermizas y cobardes. La juventud se hizo paladín de la nueva causa y extendió su brazo en son de reto y de pelea, con el espíritu sereno y sin titubeos ante el duro combate de rescatar el viejo sabor de la raza.

Franco recogió el clamor y la orfandad de la joven generación y los hizo suyos, y al aceptar su destino de Capitán, se ganó—solo por ello—el alma y el timón de España. El sabía la tremenda tarea que aceptaba: guiar un pueblo como el nuestro hacia su meta histórica. Teniendo una Historia como la nuestra es difícil y exigente; solo un corazón tan bravo como el suyo, puede hacerlo sin que le tiemble la mano al extender la espada.

El 1.º de octubre, España hace manifestación de fé en sus caminos y en la voz que la guía, sintiendo el orgullo de poder alentar con su esfuerzo la gran causa y el sacrificio del que todo se lo dió a su pueblo.

JOSE ANTONIO, Jefe Nacional

Cuajada ya más y más la Falange, convocó a Consejo Nacional para octubre de 1934. Coincidió la iniciación del Consejo con el desencadenamiento de la revolución marxista de aquellos días.

Entre los problemas a resolver, estaba el de la Jefatura del Movimiento. Regida hasta entonces la Falange por el sistema jonsista de los Triunviratos, su marcha ascendente hacía necesaria la Jefatura única. Y el Consejo aclamó el 5 de octubre de 1934 a José Antonio Primo de Rivera por Jefe Nacional de la Falange.

Presidiendo ya como Jefe las sesiones, fué su primera orden sobre el uniforme falangista. Discutiéndose el color y la prenda que habían de distinguir a los hombres de la Falange, cortó José Antonio la discusión y dijo: «Basta ya; puesto que me habeis elegido Jefe, honrándome con vuestra confianza, va a ser esta la primera determinación que adopte. La Falange Española de las J. O. N. S. tiene desde ahora mismo una organización rotunda, varonil y firme; más, si cabe, que antes. Precisamos un color de camisa neto, entero, serio y proletario. He decidido que nuestra camisa sea azul mahón. Y no hay más que hablar».

Así fué—para la Historia—la primera orden del primer Jefe Nacional de la Falange Española de las J. O. N. S.

Finalizado el Consejo, celebrado entre tiros y paqueos callejeros, dió orden José Antonio, para romper el pánico de Madrid, de salir en manifestación para aclamar al Gobierno, que acababa de ahogar la intentona separatista de Barcelona.

Era empresa peligrosa lanzar a Madrid—el Madrid asustado, abotagado, de las jornadas rojas— a una delirante manifestación de té en la unidad de España y repulsa de los sucesos, que estaban aún en curso. Pero salieron los falangistas en número inferior a mil, Castellana adelante hacia la Puerta del Sol. Se fueron añadiendo madrileños delirantes, y al estacionarse ante el entonces Ministerio de la Gobernación, no cabían en la Puerta del Sol los españoles que, frenéticos, aclamaban en el Gobierno, asomado al balcón, a la unidad de España.

José Antonio, encaramado en unos andamios agradeció al Gobierno que hubiese acabado con el separatismo catalán, exhortándole a pulverizarlo. Más tarde habría de verse que los Gobiernos de aquella época eran incapaces de realizar esa formidable labor, lo que dió motivo a que José Antonio se lamentara de la ridícula «victoria sin alas».

Era signo de Dios: solo la Falange tenía nervio para acabar con el cáncer de España».